

ISLAS. UN ARCHIPIÉLAGO SEMIÓTICO¹

Franciscu Sedda*

RESUMEN

El ensayo explora el ser-isla a través de una mirada semiótico-cultural. Después de abordar la íntima tensión entre finitud e infinitud, que constantemente caracteriza la condición insular, mediante el análisis de diversas experiencias y materiales, el argumento postula la presencia de cuatro vectores de significado, cuatro relaciones fundamentales: aquella entre la isla y el mar, entre la isla y el continente, entre la isla con otras islas y entre la isla consigo misma. Estos vectores, por un lado, ayudan a comprender y aclarar la riqueza histórica y fenomenológica de la vida de y en las islas. Por otro lado, se presentan como modelos de espacialidad e identidad que trascienden la mera dimensión insular.

PALABRAS CLAVE: islas, significación, espacialidad, modelo, relacionalidad.

ISLANDS. A SEMIOTIC ARCHIPELAGO

ABSTRACT

The essay explores the being-island through a cultural semiotic perspective. After accounting for the intimate tension between finiteness and infinitude, which constantly characterizes the island condition, through the analysis of various experiences and materials, the argument reveals the existence of four vectors of meaning, four fundamental relations: that between the island and the sea, between the island and the continent, of the island with other islands, of the island with itself. These vectors, on the one hand, help to grasp and clarify the historical and phenomenological richness of life of and on the islands. On the other hand, they offer models of spatiality and identity that transcend the mere insular dimension.

KEYWORDS: Islands, significance, spaciality, model, relationality.



INTRODUCCIÓN

Si se desea comprender la profundidad y complejidad del ser-isla y de la condición isleña, es necesario articular con mayor claridad el vasto material que la realidad geográfica, histórica, lingüística e imaginaria nos ha legado y que continuamente produce. En otras palabras, a través del análisis de los fragmentos de un discurso insular, es necesario identificar vectores de significado que, como una brújula, nos permitan orientarnos en él.

Veremos, por lo tanto, que la oposición entre la isla y el mar es solo la primera distinción que permite dar sentido a las islas, ya que las saca de ese estatus indefinido, amorfo y precario que siempre parece mantener a la isla al borde de ser absorbida por el agua o confundida con las corrientes. A esta primera relación le seguirán otras igualmente fundamentales pero portadoras de otras posibilidades de significado, cargadas de valores político-sociales: la que tensa la relación entre la isla y el continente, la que establece una correlación entre la isla y otras islas. Luego veremos cómo existe una última y peculiar relación que, en otros aspectos, parece ser originaria, casi inscrita en la esencia y el destino de la isla: la relación de la isla consigo misma. Esta autopercepción de totalidad, de una totalidad separada y original, de un lugar que conforma un mundo, en realidad se basa en una performatividad reflexiva siempre contingente.

LA ISLA ENTRE EL INFINITO Y LA FINITUD

Hay, particularmente en las mitologías y cosmogonías, incluso antes que en las geografías, una relación muy profunda entre las islas y el mar. Esta relación es tan profunda que parece arquetípica y tiende arriesgadamente a lo *indistinto*. Las islas oceánicas originales son un ejemplo de verdaderas concreciones marinas, corallíferas, continuación de la vida acuática en otra forma: un producto del mar, una estabilización parcial, incierta y contingente; el mar, de hecho, aparece constantemente dispuesto a tragárselas de nuevo, como nos recuerdan los inauditos gritos de alarma de sus habitantes ante la actual crisis climática.

Es esta dimensión fluida y fluctuante de las islas lo que sorprende, inquieta y fascina cuando uno mira hacia atrás en mitologías pasadas. Y que, a pesar de las apariencias, también parece encontrarse en la raíz de la palabra. Según Matvejevič (1999), en algunas lenguas balcánicas la palabra «isla» se refiere a las escurridizas

* Profesor asociado de Semiótica Universidad de Cagliari, Italia. fsedda@unica.it.

¹ Este texto resume y reelabora algunos de los contenidos de mi texto «Il pianeta delle isole», que introduce el volumen que he editado titulado *Isole. Un arcipelago semiotico* (Sedda, 2019). Aprovecho esta oportunidad para agradecer a Félix Ríos y Virginia Martín Dávila la invitación a la ULL, por haberme introducido en el encanto de la identidad canaria y por la revisión lingüística del presente texto.

islas fluviales. Por su parte, los etimólogos relacionan el término griego para isla, *nesos*, con una raíz indoeuropea que significa «aquello que navega». Si recordamos la cosmología de Tales, según la cual toda la tierra flota sobre las aguas como un trozo de madera, el hipotético significado contenido en la palabra griega *nesos* parece menos sorprendente y favorece la percepción de que cada tierra es en realidad una isla: «En cierto sentido todos los continentes, incluso los más grandes, son solo islas, y toda tierra habitada, como ya sabían los griegos, está rodeada por el océano», como escribe Carl Schmitt en su famoso e influyente *Tierra y Mar* (1954).

En el origen –mitológico y lingüístico– hay pues una tensión entre, por un lado, una idea de flujo, de corriente, que asimila la isla al mar, que casi se la traga en lo amorfo, y, en cambio, por otro lado, la idea de isla como una criatura marina, o mejor aún como algo que flota en los mares, lo que le otorga una primera, aunque débil, distinción: nos encontramos así en una encrucijada entre el retorno de la isla hacia la indistinción del mar y su surgimiento como entidad inestable pero diferente del entorno que la generó y en el que se ubica.

La isla siempre estaría en *el límite entre el infinito y la finitud*.

Y quizás sea precisamente de esta tensión extrema y continua de donde deriva la sensación de fluctuación que parece tan íntimamente ligada al estatuto de la isla, como ya recordaba Plinio cuando decía que las islas «nunca dejan de flotar»: un estatuto que se renueva hoy frente a las escurridizas islas de plástico que pueblan los océanos, las precarias islas artificiales construidas desafiando al mar para satisfacer sueños de prestigio y poder, el miedo al hundimiento que experimentan las capitales de estado y las metrópolis globales construidas sobre el mar.

LA ISLA Y EL MAR

Esta tensión liminal es solo el trasfondo general de un esquema de relaciones, de vectores de sentido, que la isla nos permite dilucidar. El primer vector de significación nos mantiene todavía en la relación entre la isla y el mar, ahora fijado en la definición de la isla como «tierra rodeada por el mar». Una definición verdaderamente pobre, que nada dice sobre la condición de conexión/desconexión que representa la presencia del mar para una determinada isla, para una determinada cultura o comunidad insular (o por parte de ella) en un determinado momento o época. Efectivamente, hay mares que dividen y otros que unen: el mismo mar que en unas estaciones conecta, en otras separa (como recuerdan los monzones que estacionalmente conectan India y Zanzíbar y están en el centro de la novela *By the Sea* del premio Nobel Abdulrazak Gurnah); el mismo mar que para los que conocen sus corrientes es camino, para otros es un bosque en el que perderse; el mismo mar que en ciertas épocas aterroriza y repele, en otras se convierte en fuente de atracción, de bienestar, de riqueza. No es la misma isla, no es el mismo mar, el que viene a existir *tras* el auge del turismo de masas. Y, por supuesto, no es lo mismo para el isleño que para el extranjero, para el turista acostado («varado») en la playa que para el migrante en una pequeña embarcación.



Hay en la historia una movilidad continua de las categorías de centro y periferia, de centralidad y marginalidad, de accesibilidad o inaccesibilidad, que puede llevar a una isla y a sus habitantes a percibirse en poco tiempo al borde del mar, un mar de los demás, o en el centro del mar, del propio mar, a merced de un mar que provoca precariedad, desventaja, aislamiento, o dentro de un mar lleno de oportunidades o incluso protector. Como ha sido el caso de Nueva Zelanda durante la pandemia. O pensemos en la historia paradigmática de Japón como «país cerrado» durante la larga era Tokugawa (1603-1853). Y por otro lado al repentino paso de Inglaterra / Gran Bretaña de isla-fortaleza a isla-barco, como nos recuerda el paso de Shakespeare («This little world / This precious stone set in the silver sea...», 1595) a Donne («No man is an island entire of itself...», 1623).

La idea de la isla rodeada por el mar remite con demasiada facilidad a la imagen del atolón oceánico, convirtiéndolo en el molde de toda isla, de toda condición insular. Sin considerar que hoy ciertos atolones oceánicos (por no hablar de islas como Canarias y Baleares), debido a los flujos turísticos, están mucho mejor conectados con los grandes ejes aeroportuarios internacionales y están mucho más presentes en el imaginario colectivo que el interior rural de las grandes naciones continentales de donde provienen los turistas.

El antropólogo Jonathan Friedman (2010, p. 229), un experto en Hawái, escribió que «Ninguna sociedad ha estado jamás aislada excepto por actos de aislamiento, ya sea autoimpuestos o queridos por otros, y estos actos eran en sí mismos una expresión de la existencia de un contexto relacional más amplio». En resumen, las necesidades aparentes de la geografía se superponen o se oponen a los derechos cambiantes de la historia —opciones políticas, configuraciones institucionales, narraciones compartidas— que definen la posición y el valor de una isla.

LA ISLA Y EL CONTINENTE

Hay otro gran vector de significación que ayuda a definir el sentido de la isla, el que la pone en relación con el continente, palabra que, dice uno de los diccionarios italianos más importantes, indicaría «un contener, una unión» y por tanto «una tierra continua, no interrumpida por el mar».

En realidad, hay mucho más que eso en la relación entre la isla y el continente, entre el isleño y el continental. Para darse cuenta de esto, basta pensar en el hecho de que, desde el punto de vista de una isla dada, el continente no es cualquier tierra más allá del mar ni el continental cualquier persona extrainsular. El «continente» es la parte no insular del Estado al que se pertenece y el «continental» se refiere a lo que en otros aspectos es un conciudadano, un compatriota o un viejo invasor, un extranjero, que no se tiene el coraje de definir como tal, de llamar por su nombre.

Para darnos cuenta de cuánto está en juego aquí una cuestión de «poder», tomemos la palabra inglesa *Mainland*. En el *Oxford Dictionary* se define como «una gran masa de tierra que forma un país, continente, etc., sin sus islas», pero justo en el corazón de la palabra vemos explícitamente el valor político que la relación isla/continente puede asumir: el continente es en realidad la *tierra principal*, aquella a

partir de la cual y en relación con la cual se define la existencia insular, que aparece así en un papel si no *dominado*, al menos subordinado y dependiente.

Una paradoja, sin embargo, habita la definición de *Mainland* hasta revelar la fundamentalidad de la relación política recién vislumbrada. O, dicho de otro modo, la posibilidad de abstraerlo de la relación específica entre isla y no isla para convertirlo en un vector de sentido autónomo. De hecho, el *Oxford Dictionary*, sin temor a contradicción, reporta la frase *mainland Britain* («continente de Gran Bretaña») entre los ejemplos, demostrando así que en realidad el punto no es ser o no ser una isla. El *Wikcionario*, más prosaico, rompe el molde al informar como una segunda definición del término *mainland* «la isla principal de un grupo [de islas]».

El dato jerárquico supera definitivamente al geográfico y dimensional: el punto es quién, dentro de la relación, juega el papel dominante, quién ocupa el centro del sistema, quién actúa como punto de referencia. Por esto sucede que la isla principal de un grupo de islas puede ser percibida y referida por las otras islas como «tierra firme». O que un territorio insular, sobre todo si carece de identidad nacional propia o de conciencia independentista, conciba el «nivel nacional» como algo externo, totalmente coincidente con el espacio continental.

Todo esto confirma que la percepción de fragilidad de las islas está correlacionada con la idea de *poder*, con tener o no el control de las propias relaciones. Como decía Jean-Marie Tjibaou, antropólogo y líder político del pueblo canaco de la isla de Nueva Caledonia, todavía hoy parte de Francia: «Es la soberanía la que nos da el derecho y el poder de negociar interdependencias. Para un país pequeño como el nuestro, independizarse significa saber calcular bien las interdependencias» (Tjibaou, 1996, p. 179).

Por otro lado, cuando dominan las relaciones de dependencia, no es improbable, como argumentaba el maltés Godfrey Baldacchino (2018), padre de los *Island Studies*, que en los propios isleños se arraigue un punto de vista continental. Esto puede conducir a formas de victimismo (ser pequeño, aislado, abandonado), auto-denigración (ser una mala copia del centro), mimetismo (ser un laboratorio del continente, ser los fundadores del continente, ser un continente).

Es en la relación con el continente, por tanto, donde se define la diferencia entre *islandness* e *insularity*, entre la pertenencia a la isla vivida de forma neutra si no positiva y propositiva, aunque sin negar las dificultades de la condición isleña, y una marcada por una negatividad constante y naturalizada. Una diferencia que en español podría notarse al observar la distancia entre «ser un isleño» y «estar aislado».

LA ISLA Y LAS OTRAS ISLAS

La modernidad europea ha producido «islas» como mónadas, como lugares aislados. Al hacerlo, dificultó pensar la isla con la isla, la isla entre las islas: es decir, a través del dispositivo conjunto del colonialismo y las narraciones utópicas o literarias que lo acompañaron, fortaleció la idea de que cada isla es un mundo mismo, estanco.

En el pasado europeo y no europeo, y en el replanteamiento cultural contemporáneo que muchos isleños han producido al tratar de articular su propia iden-



tificación, su propia contribución original a la humanidad, en cambio, a menudo han redescubierto o reinventado la naturaleza archipelágica de su existencia.

Desde el Caribe hasta Oceanía, pasando por los mares del norte de Europa, en las últimas décadas muchos han trabajado para potenciar los aspectos de interconexión y red que permitan focalizar la relación entre islas.

Esta apertura sobre la archipelagicidad enfatiza no solo el hecho de que una isla está casi siempre formada por varias islas, sino sobre todo que casi nunca está sola: al establecer vínculos con otras islas puede adquirir fuerza y capacidad de acción; puede intensificar espacios de solidaridad, cooperación, intercambio; puede tomar un mayor control del mar, del espacio relacional que lo rodea, en lugar de estar sujeto a su presencia.

La misma conexión con otras tierras puede hacer que estas sean percibidas, desde el punto de vista de los isleños, como otras «islas» del archipiélago. Estoy pensando en el caso de Venezuela como la «octava isla» de Canarias.

No solo el modelo archipelágico socava la idea de una jerarquía vertical para abrirse a la superación de la idea misma de jerarquía o a experimentar con jerarquías móviles, plurales, recíprocas.

Al igual que los otros vectores de sentido, esta conciencia que emerge de las islas y entre las islas conduce a una revisión del globo entero y de las relaciones entre sus actores como archipiélago, proponiendo así reequilibrar el peso entre las partes de un todo, enfatizando la necesaria convivencia entre independencia e interdependencia, potenciando no solo los lugares como puntos o espacios definidos, sino también las conexiones, los cruces, los traslados entre lugares.

Por supuesto, las diversas filosofías archipelágicas que han surgido a lo largo de los años no son las mismas: algunas valoran la dinámica de una frontera porosa y plural, otras los procesos de criollización entre identidades, otras las del intercambio igualitario o las ideas de federación política. En cualquier caso, todos ven en la relación entre islas una forma de adquirir conciencia y coraje para proyectarse en el mundo de forma proactiva.

LA ISLA CONSIGO MISMA

Hay una última relación fundamental que hay que explorar: la de la isla consigo misma. Una relación compleja que potencia ese doble movimiento de *separación y recreación* que según el filósofo Gilles Deleuze (1953) está en el corazón de la isla como tal. En otras palabras, la autoconciencia de la isla como isla es la feliz asunción de que es un universo en sí mismo, distinto y original. Es el reconocimiento de su necesaria condición de *isolitudine*, de *isoledad* o *islidad*¹, por retomar

¹ Nota de los editores. Siguiendo el *Libro de estilo del Gobierno de Canarias* (Ramón Alemán, 2021) se propone el uso de la palabra *isleñidad*:

isleñidad. f. Este sustantivo lo usa el urbanista canario Rodrigo Vargas en una conferencia

y traducir imperfectamente el neologismo acuñado por el escritor siciliano Gesualdo Bufalino. Este término –yendo más allá de las intenciones de Bufalino– nos sirve aquí para captar la conexión entre la soledad de la isla frente al mundo, un mundo que la isla está obligada a mirar en 360 grados, y la búsqueda correlativa de su propia cualidad de isla, su repliegue en sí misma, el cultivo de la propia singularidad, de su propia «alma».

Nunca se dirá lo suficiente sobre cuán poderosa es esta tendencia a entregarse al movimiento de separación/re-creación, en cierto modo inevitable, y cuánto va más allá de los meros datos geográficos.

Que esto es así, que nos enfrentamos a un hecho semiótico –por lo tanto cultural, social, político– casi arquetípico, lo confirma el hecho, ya mencionado, de que en nuestras discusiones tratamos lugares que son *muchas islas* como *una isla*. En este sentido, la Isla con I mayúscula es, aún más que un espacio geográfico, un *modelo espacial* que sirve para transformar una porción del mundo en un mundo propio: momento en que una semiosfera (Lotman, 1984) se repliega sobre sí misma para darse una imagen unitaria, sintética, aun a costa de neutralizar o excluir parte de la pluralidad, de las diferencias, de la relacionalidad que la habita, la atraviesa, la excede. Gesto de autodefinición, gesto sacralizador.

Un problema que se vislumbra en la definición de «isla dentro de una isla» que Antonio Gramsci –luchando con los estereotipos que la literatura italiana proyectaba y proyecta sobre los sardos y la Cerdeña– enuncia en 1937 para pensar su identidad personal dentro de la identidad sarda más general (Gramsci, 1994, pp. 382-383).

Llevado al paroxismo, el movimiento de separación-re-creación puede conducir a la producción imaginaria o real de islas utópicas. Islas completamente separadas del resto, tanto que muchas veces son inalcanzables (y mucho menos abandonables, como nos recordaba la serie de televisión *Lost*), y rígidamente monológicas o rígidamente organizadas en ellas. Utopías para imaginar sociedades perfectas, sociedades futuras, que sin embargo pueden convertirse fácilmente en distopías concretas. No es casualidad que las utopías insulares sean a menudo la proyección de visiones con-

titulada «Marco de análisis de las islas urbanas intermedias», publicada en el libro *Intermediate Urban Islands Influence*. Este autor, que traslada al español el término inglés *islandness* (empleado en 1982 por Abraham Moles y Elisabeth Rohmer en la obra *Labyrinthes du vécu*), le da a la palabra un significado diferente al que tiene *insularidad*. Según Vargas, «la cuestión isleña se tiene que diferenciar de la insular, de lo estrictamente objetivable, en cuál es la visión que los habitantes de las islas tienen sobre su propio entorno». La isleñidad, afirma, «tiene que ver más con la percepción que con los datos objetivos –geográficos– de lo que es o no es una isla». El término, que también hemos encontrado en otros textos –de autores canarios y americanos– (aunque sin una descripción tan detallada como la que ofrece Vargas), posee una carga semántica indudable por los matices sociales y culturales que puede aportar en mensajes relacionados con la canariedad y con la naturaleza de los canarios como integrantes de un grupo humano que habita pequeños territorios aislados. Por ello, se considera adecuado su uso en contextos genuinamente políticos, con el significado de ‘condición de quien se siente isleño’, en consonancia con el empleo de *canariedad*, que también es oportuno. El *Diccionario del español actual* registra la voz *isleñismo* (‘carácter o condición de isleño’), que tiene un significado parecido al de *isleñidad*, pero sin el matiz del sentimiento o la conciencia de ser isleño.



tinenciales, a veces también movidas por muy buena fe y por una forma profunda de *insulomanía*.

Para los isleños, de forma más prosaica, la relación de la isla consigo misma se resuelve en el modelo de la Isla-Estado, lo que nos devuelve al *aquí y ahora* de la condición insular. Para entender esto, basta remitirse a datos cuantitativos que remitan a dinámicas cualitativas más profundas. Las islas representan solo el 7 % de la superficie terrestre. Si se excluyen la Antártida, Australia y Groenlandia, las islas son solo el 1,47 % de las tierras emergidas. Sin embargo, los estados formados por islas o archipiélagos son el 22 % del total de estados soberanos del planeta: a estos 43 estados insulares se suman al menos otros 100 que disfrutaban de las llamadas jurisdicciones subnacionales. En definitiva, parece haber un vínculo poderoso entre las islas y la estatalidad, como si esta última fuera la forma más común de apoyar el movimiento de autodefinición de la isla en el mundo contemporáneo. Es un hecho sobre el que vale la pena reflexionar.

CONCLUSIONES

Esta rápida travesía a través del vasto mar de las islas tuvo como objetivo estimular una mirada semiótica capaz de captar algunas de las relaciones fundamentales que las islas ponen en juego. Se trata de relaciones que, por un lado, nos ayudan a comprender la riqueza y a considerar la variedad de las experiencias insulares, y por otro lado, nos ayudan a vislumbrar e hipotetizar modelos más generales de significado basados en la relación entre el espacio y la identidad. Piénsese, por poner un solo ejemplo, en cómo la relación entre la isla y ella misma remite a la imagen de una (semio)esfera capaz de autodescribirse como un modelo de mundo. Estas son evidentemente sugerencias e hipótesis que deben ser desarrolladas más a fondo.

Por ahora, esperamos haber dado mérito a cuatro ideas que evocan sentimientos y deseos mientras involucran un llamado a la acción y al compromiso.

La primera es la idea de Luis Álvarez Cruz según la cual «las islas son porciones de tierra rodeadas de teorías por todas partes» (1955, pp. 398-399). Teorías semióticas, evidentemente.

La segunda es la idea de Jorge Lozano (2009) según la cual hay en las islas y los isleños una inherente exuberancia de los límites: un trabajo continuo dentro, alrededor, a través de ellos.

La tercera es que no se puede entender verdaderamente el mundo sin entender las islas, sin entenderlas desde un punto de vista isleño, sin entender la riqueza de historias y modelos que contienen.

La cuarta y última idea es que la isla, si está bien pensada, puede ser no solo un objeto, sino también un sujeto de creatividad; no solo un instrumento de inspiración, sino un espacio para la creación.



BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ CRUZ, L. (1955). *Retablo isleño*. Tauro (1995).
- BALDACCHINO, G. (2018, ed.). *The Routledge International Handbook of Island Studies*. Routledge.
- DELEUZE, G. (1953). Causes et raisons des îles désertes. En : G. Deleuze, *L'île déserte. Textes et entretiens 1953-1974*. Les Éditions de Minuit (2002).
- FRIEDMAN, J. (2010). Holism and the Transformation of the Contemporary Global Order. En: T. Otto y N. Bubandt (eds.), *Experiments in Holism. Theory and Practice in Contemporary Anthropology*. Wiley-Blackwell.
- GRAMSCI, A. (1994). *Vita attraverso le lettere (1908-1937)*. Einaudi.
- LOTMAN, J.M. (1984). On the semiosphere. *Sign Systems Studies*, vol. 33, n. 1 (2005).
- LOZANO, J. (2009, ed.). Islas. La exuberancia del límite. *Revista de Occidente*, n. 342. Fundación Ortega y Gasset.
- MATVEJEVIĆ, P. (1999). *Mediterranean: A Cultural Landscape*. University of California Press.
- SCHMITT, C. (1954). *Land und Meer. Eine weltgeschichtliche Betrachtung*. Klett-Cotta.
- SEDDA, F. (2019). Il pianeta delle isole. En: F. Sedda (ed.), *Isole. Un arcipelago semiótico*. Meltemi.
- TJIBAOU, J.-M. (1996). *La présence Kanak*. Odile Jacob.



